

Aquel ensayo agrarista del Presidente Martínez

Por N. Viera Altamirano

La Junta de Notables que participaba en Casa Presidencial en los esfuerzos para encaminar la vida del país —gracias al apoyo que a mi idea del reparto de tierras y construcción de viviendas había dado de inmediato el Dr. Belarmino Suárez, primero, y en seguida el auditor Héctor Herrera— entró en calma, pero surgieron las dudas sobre su practicabilidad y la pregunta que hizo el Presidente se obligaba a una respuesta objetiva y concreta: ¿Con qué dinero vamos a construir casas para familias obreras y comprar haciendas para familias campesinas?

La situación económica del país era excepcionalmente mala. El Presidente Araujo encontró una Hacienda Pública con toda clase de vicios arraigados: ingresos fiscales evadidos, pago de sueldos y salarios atrasados, compra de recibos, sustracción clandestina de aguardiente en los recintos fiscales, contrabandos, etc. etc. A esto agréguese la baja de las exportaciones. El café depreciado. En esos tiempos había hecho su testamento don Mauricio Meardi, un italiano que llegó mo-

destamente como amanuense de la Casa Canessa y que gracias a su inteligencia llegó a acumular una gran fortuna y a merecer el don. Su testamento lo hizo calculando que el café valdría \$ 6.00 el quintal y con todo le resultaban 11 millones.

Pocos meses antes de la traición del dos de diciembre, el Presidente Araujo había acogido un proyecto de fundación de un Banco Hipotecario, más o menos acorde con las ideas que dejara en pie aquella misión británica que produjo una serie de estudios para poner en orden la administración pública. Colaboraban en el proyecto Emeterio Oscar Salazar, Héctor Herrera, W.W. Renwick, y el que escribe estas líneas, y aprovechando el Presidente Araujo mi viaje a los Estados Unidos como representante de El Salvador a la Cuarta Conferencia Comercial Panamericana, se me pidió gestionar en Nueva York, un préstamo de 500 mil dólares para fundar el Banco. Renwick me puso en contacto con los centros crediticios de Nueva York sin mayor éxito, pero en un momento dado él me sugirió la con-

veniencia de abordar el problema con el Departamento de Estado de Washington, paso que no quise tomar por escrúpulos nacionalistas. Siempre he creído que un país no debe aceptar préstamos de ningún gobierno del mundo, ni envío de alimentos, ropa vieja y medicinas vencidas.

Al regresar de ese viaje de los Estados Unidos fui, como era natural, a rendir mi informe personal al Presidente Araujo y le hice ver la gravedad de la situación y la necesidad de un cambio político en el Gobierno, a lo que él respondió diciéndome: que lo que yo le decía, se lo habían dicho antes muchas gentes, pero que él confiaba en la lealtad del Ejército para no quebrantar el orden de la Constitución.

Una Hacienda Pública así era la que recibía Martínez, con el agravante de todos los progresos que había hecho el comunismo internacional desde los tiempos de la Liga Roja, hasta los gozosos del Padre de la Democracia Dr. Romero Bosque.

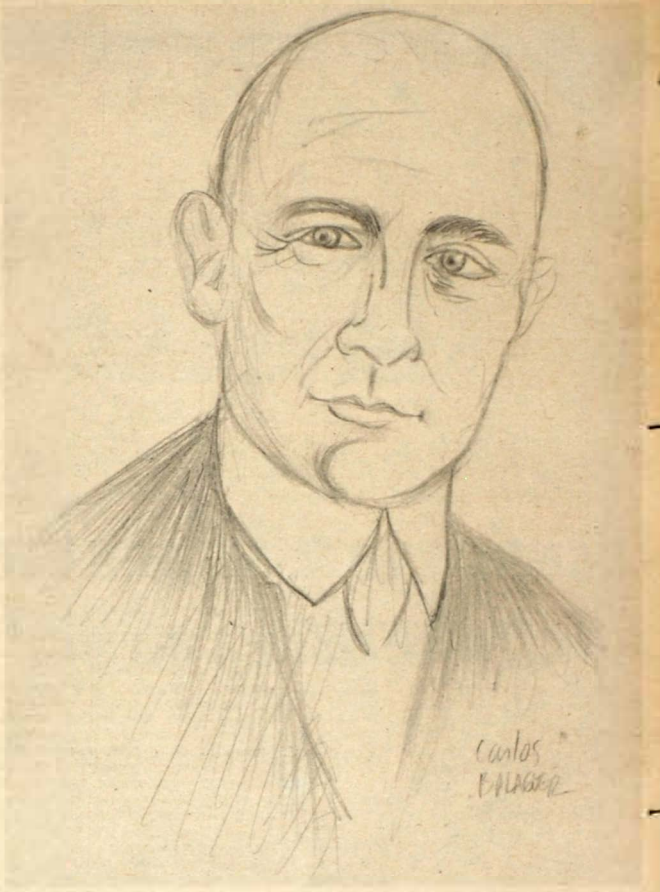
Pero como yo había tenido ya alguna experiencia en el mundo de la empresa privada y como Director General de Contribuciones Directas e Indirectas, eché mano de los recursos de más fácil aprovechamiento. Yo sabía que los impuestos de los cigarrillos daban muy poca cosa por vicios de recaudación y que la cerveza estaba libre de gravámenes a pesar de su ya visible importancia industrial.

—Podemos empezar, le dije al Presidente Martínez, con gra-

var los cigarrillos y la cerveza cuyo consumo no responde a exigencias vitales y estoy seguro de que tendremos la colaboración de las fábricas, tanto de cigarrillos como de cerveza.

En aquellos tiempos nada había de ese juego espectacular del Fondo Monetario y de cuanto cosa quedó para desgracia del mundo desde los días de la Reunión de Punta del Este. Mientras todo esto pasaba, con el Gral. Andrés B. Menéndez, Héctor Herrera y el Ing. Armando Chacón, en una pequeña sala del edificio donde estaba antes la Tesorería General, actualmente el Correo a una cuadra de la Nunciatura, hicimos revisión del Presupuesto, reduciendo al mínimo cuanto era posible, con la seguridad de que Martínez, a pesar de sus teosofías y de su hablar de puro indio de Guatemala, tenía evidente don de mando.

Aquel proyecto de compra de tierras para los campesinos y construcción de viviendas para familias obreras en las ciudades —concebido con la mejor intención del mundo y la más absoluta honestidad intelectual— quedaba así encaminado. Respondía a una situación particularísima. Como lo hemos indicado, el país entero aún se sobrecogía del espanto de una tragedia y había que buscar un camino, hacer algo, desde luego sabiendo que con el tiempo todo se enmienda y sin actuar con ligereza —ciertamente muy latinoamericana— de pensar que el camino se arreglan las cargas



Ing. Arturo Araujo



Presidente Martínez